



# HISTORIAS DE LA MAR

## UN ACCIDENTE REGIO



En el otoño de 1860 la reina Isabel II realizó un viaje oficial de diez días de duración a Mallorca y Menorca, en el que la acompañaron su marido don Francisco de Asís, y sus hijos, la infanta Isabel y el príncipe Alfonso, futuro Alfonso XII (en el Museo Naval de Madrid se conserva la cuna colgante, en realidad un pequeño coy, utilizado a bordo por este último, que contaba menos de tres años de edad).

No fue muy afortunada la elección de la época para esta memorable visita, que hubiera sido más indicado efectuar en estación del año más propicia; además, se puso de manifiesto lo poco conveniente que resultaba incluir en la misma agrupación veleros y buques de vapor, pues aunque en éstos aún se tenía la máquina como auxiliar de la vela lo cierto es que ya la navegación a vapor se imponía crecientemente a medida que aumentaba la fiabilidad de las máquinas aventajando a la inconstancia de los vientos. En efecto, la Real Familia embarcó en la moderna fragata de hélice *Princesa de Asturias*, escoltada por los vapores de ruedas *Isabel II*, *Liniers*, *Lepanto* y *San Francisco de Borja*, los transportes *Álava* y *San Quintín*, el navío *Rey Francisco de Asís* y corbeta *Nazarredo*. Tan heterogénea fuerza naval era previsible que encontrara dificultades incluso en una pacífica comisión como aquella, de las que solemos llamar entre los marinos «de bodas y bautizos»; prueba de ello es que en la navegación de Mallorca a Menorca tardaron casi veinti-



La reina Isabel II.

cuatro horas, teniendo los buques de vapor que dar remolque a los de vela ante los vientos contrarios para verse obligados a picarlo en el movido freu de Menorca, donde los segundos tuvieron que separarse de los primeros, para entrar en Ciudadela, en lugar de Mahón con los demás, como estaba previsto.

La escuadra, que bajo el mando del brigadier de la Armada don José Montojo y Albizu había iniciado el viaje en Alicante el 12 de septiembre, volvió a la mar desde Mahón, terminada la visita real, saliendo en las primeras horas del día 20 en demanda de Barcelona.

Apenas había navegado cuatro millas cuando, en vista del tiempo contrario, se ordenó calar los maste- leros de juanete, maniobra que doña Isabel quiso presenciar desde el puen- te. Se estaba realizando normalmente esta operación cuando con gran estrépito se desplomó sobre ella y

sobre la Infanta el toldo que cubría el puente desapareciendo ambas a la vista. El oficial de guardia, alférez de navío don Luis Gaminde de Torres, que a pesar de ser bilbaíno no se distinguió en esta ocasión por su optimismo, profirió una sonora imprecación que los cronistas de la época no se atrevieron a reproducir, añadiendo antes de hacer más averiguaciones:

— ¡La reina a muerto!

Hay que imaginar la escena. En el puente estaban dos ministros, el de la Guerra, duque de Tetuán, y el de Marina, marqués de Sierra Bullones; dos directores generales, el de Armamento y el de Personal; el jefe de la agrupación, antes citado; el Jefe de Escuadra don José Halcón; el comandante del buque, capitán de navío don Patricio Montojo y Pasarón, y también afortunadamente, el primer médico de Cámara, marqués de San Gregorio. Todos quedaron petrificados. El primero en reaccionar fue el rey Francisco, al que el pueblo llamaba en son de burla «Paquito Natillas», que alzó el toldo rápidamente: la reina se levantó enseguida por su propio pie sin dejar de amparar con el brazo a la Infanta, empezando por comprobar que ésta había resultado

ilesa y, demostrando mayor presencia de ánimo que todos los testigos se apresuró a tranquilizarlos asegurándoles que no había sido nada y, acompañada por su esposo, se dirigió a su cámara para ser debidamente atendida, pues estaba herida y con la cara cubierta de sangre. Al pasar junto al atribulado oficial de guardia le dijo con sorna:

— No te has llevado mal susto...

(Lo que él intentó farfullar como disculpa no lo llegó a entender nadie).

No las tenía todas consigo, empero, pues luego confesó que en los primeros momentos había temido perder la vista del ojo izquierdo, hasta que se lavó la abundante sangre que lo cubría.

Lo ocurrido fue que al realizar la maniobra se rompió uno de los cuernos de la cruceta mayor, que cayó sobre el toldo del puente, haciendo saltar en pedazos uno de los candeleros de madera, trozos del cual alcanzaron en la cabeza a la Reina. En el parte médico que redactó el día siguiente el marqués de San Gregorio, antes de entrar en Barcelona, se decía que presentaba tres heridas en la región anterior izquierda de la cabeza.

Inmediatamente se ordenó parar a toda la agrupación en tanto se decidía si debía regresar a Mahón o proseguir viaje, lo cual despertó toda clase de conjeturas en los demás buques, pues no se dio razón alguna de la detención, aunque a bordo del *San Quitín* algo debieron de sospechar cuando vieron llegar un bote de la fragata en busca del médico de cámara, doctor Drument. Se unió éste al marqués de San Gregorio y al primer médico del buque, don Antonio Yanguas, para atender a doña Isabel —el primero ya le había practicado una sangría, curioso método terapéutico de la medicina de entonces que en un caso así sólo podría debilitar más a la paciente— pero en la deliberación acabó por imponerse la voluntad de la Reina de continuar el viaje para llegar a Barcelona en la fecha prevista. Con todo, no pasó la noche muy tranquila, con fiebre y más sangrías, a pesar de las cuales y del empeoramiento del tiempo se mostró en todo momento risueña y animosa, pidiendo a quienes la acompañaban que se retirasen a



El rey consorte Francisco de Asís, con uniforme de capitán general.



La reina Isabel II con el príncipe Alfonso.



Batería de la fragata de hélice *Princesa de Asturias*.

descansar. Llamó a su cámara al alférez de navío Gaminde, y para consolarlo y demostrale que no le guardaba rencor por haber anunciado tan estentórea como precipitadamente su defunción, le regaló dos fotografías suyas. No tuvo palabras de reproche o censura para nadie, antes al contrario, aseguró al comandante de la fragata antes de desembarcar que de tener que seguir viaje no habría cambiado de barco, y a los infortunados gavieronos, dos buenos marineros ayamontinos que al intentar evitar el accidente sufrieron graves heridas en las manos perdiendo varios dedos, ordenó que se les concediera la licencia absoluta e inmediata y una pensión extraordinaria por la inutilidad en que quedaban. En medio del general desconcierto, fue la Reina quien mejor suspo estar en su lugar, comportándose dignamente como lo que era.

El día 21, como estaba previsto, a las dos de la tarde, desembarcó en Barcelona, donde fue aclamada por la población y recibió sin dar muestras de cansancio a las interminables comisiones de todo tipo que querían rendirle homenaje, disimulando con una mantilla blanca el vendaje que le cubría la cabeza. Y se contaba que el portavoz del gremio de sombrereros —el señor Juvé, de la calle Fernando, precisaban— considerando sin duda que su especialidad lo relacionaba en cierto modo con cabezas, y queriendo significarse con alguna amabiliad, le dijo a la reina:

— ¡Paciencia, Señora, que más podría haber sido...!

No consta la respuesta de la Soberana, si es que algo dijo, pero sí se sabe que al diplomático señor Juvé no se le nombró embajador en ninguna potencia extranjera.

En efecto, más podía haber sido, mucho más, si la atolondrada exclamación del alférez de navío Gaminde hubiera correspondido a la verdad, tanto para Isabel II como para España. Recordemos el turbulento período de nuestra historia que le tocó vivir a la infortunada Reina, siempre acosada entre la guerra civil, las conspiraciones, asonadas, cuartelazos y pronunciamientos hasta su destronamiento sólo ocho años después de este incidente, tras la Revolución del 68, llamada «la Gloriosa», también iniciada —por vez primera— en la Armada, que la llevó al definitivo destierro... Quién sabe que hubiera ocurrido de haber muerto la Reina de tan tristes destinos en el puente de un buque de la Armada: tal vez lo menos habría sido el incalculable baldón que habría caído sobre ésta, ante el imprevisible quiebro que habría podido dar nuestra historia.

Juan GÉNOVA SOTIL

